

CAPITULO 5

ALCANZANDO NUESTRA META

“Sería mejor que lleves agua,” Don me advirtió apenas dejamos la casa. Salimos de excursión a una montaña cercana aquella tarde y la temperatura debe haber estado en unos 38 grados centígrados (100 grados F).

“No, gracias”, contesté. “No voy a necesitarla”.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que yo comenzara a calcinarme bajo el sol. Me di cuenta del gran error que había cometido, pero me mantuve diciendo para mis adentros, “no voy a pedir agua, no voy a pedir agua.” Simplemente no podía admitir que me había equivocado.

Después de una hora de caminata, nos detuvimos a descansar debajo de un pequeño árbol. Don sacó su cantimplora y se tomó un largo y frío trago. “Yo no voy a pedir. . .yo no”, susurré. Pero cuando él notó mi cara roja y mis labios secos, él me ofreció de beber.

A medida que yo tomaba la cantimplora de su mano, él sonrió y me dijo, “supongo que traerás contigo todo lo que vayas a necesitar la próxima vez.”

“Puedes estar seguro,” yo asentí.

En capítulos anteriores nosotros vimos que Adán y Eva pusieron a la raza humana bajo una maldición fútil cuando ellos se rebelaron contra Dios. En los días de Noé, Dios nos puso en un camino hacia la restauración de nuestra dignidad al proveer un mundo estable en el cual pudiéramos vivir para El. A pesar de esto, nosotros necesitamos estar seguros de llevar todo lo que vamos a necesitar para alcanzar el fin de este camino hacia la dignidad. ¿Cuáles son estas necesidades? ¿Qué necesitamos para ser restaurados como imágenes de Dios? Buscaremos las respuestas a estas preguntas en el Pacto que Dios hizo con Abraham. Cuando Dios escogió a Abraham para ser su siervo especial, Dios mostró al Patriarca que él necesitaba poder, paciencia y perseverancia.

LA NECESIDAD DE PODER

Cuando los científicos de la NASA lanzan un cohete, ellos tienen un margen de oportunidad dentro del cual deben realizar el despegue. Este período de tiempo es crítico para un vuelo espacial, sin embargo, es necesario mucho más que oportunidad para alcanzar el éxito. Las llamas ennegecedoras y las densas nubes de vapor y humo que salen bramando de los motores del cohete demuestran que un viaje espacial también requiere un inmenso poder. De igual forma, nosotros tenemos un margen de oportunidad mientras vivimos en el mundo estable que Dios hizo en los días de Noé. Sin embargo, nosotros debemos tener poder para alcanzar el destino para el cual Dios nos creó.

Nosotros leemos en el capítulo quince de Génesis que Abram, llegó a un punto en su vida en donde él se dio cuenta de su propia necesidad de poder. Dios habló al Patriarca de tal forma que sus palabras lo indujeron a examinar su vida: “ No temas, Abram. Yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande” (v. 1).

Abram fue privilegiado al tener tan maravillosa promesa de Dios, pero él no pudo regocijarse: “Y respondió Abram: ‘Señor Jehová, ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es Eliezer de Damasco?’ Dijo también Abram:

‘Mira que no me has dado prole, y he aquí que será mi heredero un esclavo nacido en mi casa’” (v. 2-3).

“Seamos realistas”, pensó Abram. “no puedo estar seguro de grandes bendiciones cuando ni siquiera tengo un hijo”. Años atrás, Dios había prometido a Abram un hijo, pero El aún no había cumplido su palabra. Las manos de Abram estaban atadas. El no tenía el poder para traer un niño al mundo. ¿Qué esperanza podía tener?

Más adelante en el mismo capítulo, Dios da a Abram una segunda promesa: “Yo soy Jehová, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte a heredar esta tierra” (v.7). Además de una simiente, Dios prometió a Abram la posesión de una tierra, la tierra de Canaán.

Pero esta promesa también perturbó al Patriarca. “Y él respondió: ‘Señor Jehová, ¿ en qué conoceré que la he de heredar?’” (v.8). Abram no comprendía como Canaán iba a pertenecerle. “Debo ser honesto,” él pensó, “yo no tengo el poder para tomar esa tierra”.

Tenemos que ser cuidadosos aquí. Las inquietudes de Abram eran más que la expresión de un deseo personal. Estas estaban relacionadas directamente con la función principal de Abram como ser humano. El deseaba hijos y una tierra porque él había sido creado para multiplicarse y tener dominio. En lo que concernía al Patriarca, su dignidad humana estaba en juego.

Más que esto, el deseo de Abram de multiplicarse y tener dominio fue más allá de su vida individual. Abram sabía que su simiente era crítica para la historia del mundo porque Dios lo había escogido a él para ser el padre espiritual de todos los que iban a ser salvos. “Serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Gn 12:3), dijo Dios a Abram. Así como el apóstol Pablo afirmaba, Cristo era la simiente de Abram en quien todas las naciones recibirían bendición (Gal 3:16). Abram deseaba una línea de descendientes que culminara en el Cristo.

La tierra que Abram esperaba poseer trascendía su propia vida. Canaán era un símbolo futurista de los gloriosos cielos nuevos y de la tierra nueva. Así como el escritor de Hebreos dijo:

Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a donde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa. Porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. (Heb.11:8-10; ver también v.13-16).

El Patriarca estaba preocupado por su dignidad personal, y también por algo que afecta a cada uno de nosotros. En última instancia, Dios prometió a Abram nada menos que nuestra esperanza de salvación eterna en Cristo, nuestra restauración final como imágenes de Dios.

¿Por qué Abram luchaba? ¿Cuál era la fuente de su ansiedad? Abram batallaba interiormente con las promesas de Dios porque él se había dado cuenta de algo acerca de si mismo. El reconoció que no podía alcanzar las metas fijadas antes de él. Su esposa era estéril y él no podía hacer nada al respecto. Los cananeos llenaban la tierra de Canaán, y él no tenía la fuerza para quitarles la tierra. Las promesas de Dios sonaban grandiosas, pero estaban muy lejos del alcance de Abram.

¿Has tratado alguna vez de alcanzar una meta inalcanzable? Es duro soportar las penalidades cuando uno sabe que nunca tendrá éxito. Si tenemos algo de posibilidad, la mayoría de nosotros enfrentará el desafío. Pero cuando los obstáculos son insuperables, perdemos toda esperanza. Estas experiencias ordinarias nos permiten introducirnos brevemente en los sentimientos de Abram. Abram quiso ser todo lo que Dios había diseñado que él fuera; él quiso multiplicarse y tener dominio. Pero Abram reconoció que simplemente no tenía el poder para hacerlo.

La necesidad de poder de Abram revela una importante verdad acerca de cada uno de nosotros. También nosotros somos incapaces de alcanzar nuestras metas como imágenes de Dios. Admitir nuestra impotencia es difícil para muchos de nosotros. Por todos lados el mundo nos dice justamente lo opuesto: “Solamente el fuerte sobrevive. . . El éxito depende de ti.” Nosotros admiramos al fuerte y seguimos a quien es seguro de sí mismo. Ciertamente, todos necesitamos una buena dosis de determinación y confianza. Sin embargo, nuestra confianza no debería reposar en nosotros mismos. La multiplicación y el dominio exitoso están simplemente más allá de nuestras habilidades.

Considere cuan impotentes somos para multiplicar imágenes de Dios. A pesar de los avances de la ciencia de la reproducción, el milagro de la vida siempre permanecerá lejos de nuestro control final. Nuestras limitaciones también se extienden a las dimensiones espirituales de la multiplicación. Los padres cristianos crían a sus hijos para servir a Cristo, pero ellos no pueden forzarlos a entrar en el Reino. La televisión, el cine, los libros, las escuelas y aún los amigos de nuestros hijos, tratan de alejarlos del Reino, y nosotros podemos hacer muy poco para evitarlo. Lo mismo ocurre cuando se trata de multiplicar imágenes de Dios a través de la predicación del evangelio y el discipulado. Trabajamos duro para alcanzar a los perdidos. Tratamos de rescatar al descarriado, pero no podemos hacerlos permanecer fieles a Cristo. Simplemente no tenemos el poder.

Somos incapaces de ejercer dominio exitosamente. Nosotros planeamos y ejecutamos nuestros trabajos lo mejor que podemos, pero el éxito depende de eventos que están fuera de nuestro control: la política internacional, el clima, la bolsa de valores. Aún las más grandes mentes no tienen el poder para manejar todas las fuerzas que determinan el éxito y el fracaso. Como un prominente hombre de negocios una vez me dijo, “yo trabajo duro, pero no puedo controlar todo en el mundo.” El dominio sobre la tierra está más allá de nuestro poder.

En una forma u otra, todos nosotros luchamos con los problemas que abatieron a Abram. Dios ha hecho promesas maravillosas: “Yo te concederé dignidad en Cristo”. Pero nosotros no tenemos el poder para alcanzar este destino glorioso.

¿Cuál es la respuesta a este problema? Dios respondió a Abram revelando el poder que lo capacitaría para alcanzar sus metas en la vida. Para asegurar la multiplicación de Abram, Dios “lo llevó afuera, y le dijo: ‘Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar.’ Y le dijo: ‘Así será tu descendencia’” (Gn.15:5). En efecto, Dios dijo a Abram, “Yo he llenado el cielo con innumerables estrellas. Ciertamente, Yo tengo el poder para darte descendientes.” ¿Cómo Abram reaccionó ante estas palabras de seguridad? “Abram creyó al Señor, y le fue contado por justicia” (v.6). El despliegue de la fuerza divina en las constelaciones dio a Abram la confianza de que Dios tenía el poder para darle un hijo.

El Señor también mostró a Abram el poder que le daría la tierra de Canaán. Esta vez, además, Dios le ordenó a él ejecutar una ceremonia: “Y le dijo: ‘Tráeme una becerra de tres años, y una cabra de tres años, y un carnero de tres años, una tórtola también y un palomino.’” (Gn. 15:9). El Patriarca junto los animales, sacó su cuchillo, y partió todo por la mitad menos las aves. Después de partir los cuerpos, él puso cada mitad una enfrente de la otra del camino (v.10).

Los primeros Israelitas que escucharon a Moisés contar esta historia comprendieron estos actos extraños. Dios ordenó a Abram ejecutar un tipo de antigua ceremonia mencionada en diferentes lugares de la Biblia (1 Sam. 17:44; 46; Jer. 34: 18-20). En estas ceremonias, los animales eran sacrificados, los cuerpos eran puestos en uno y otro lado de un camino y las partes participantes de un pacto pasaban entre las dos filas de cadáveres. A medida que ellos caminaban entre la carnes cercenadas, los participantes del convenio hacían un voto: “Si rompemos nuestro acuerdo, que seamos cortados como estos animales.”

Los niños pequeños hacen algo similar hoy. Cuando ellos quieren que sus amigos confíen en su palabra, ellos lanzan maldiciones sobre si mismos: “Atraviesa mi corazón; espero morir; ¡clava una aguja en mi ojo!” En efecto ellos dicen, “si yo rompo mi palabra, aquí está un blanco sobre mi corazón; tu puedes matarme. Tu también tienes permiso para clavar una aguja en mi ojo.” O, como nosotros algunas veces decimos, “si estoy mintiendo, que me parta un rayo’.”

En respuesta a la pregunta de Abram, Dios ordenó una ceremonia que normalmente requería que ambas partes juraran maldiciones sobre si mismas. No es de asombrarse de que Abram tuviera una terrible pesadilla cuando él se fue a dormir esa noche (Gen. 15:12). El debe haber estado muy temeroso . “Yo pedí al Señor que me asegure que yo conseguiría la tierra. Ahora veo lo que he hecho,” debió él haber pensado. “El Señor me va a hacer caminar entre los animales y me va a hacer jurar por mi vida de que yo ¡tomaré la tierra !”

Pero Dios sorprendió a Abram durante la noche: “Y sucedió que puesto el sol, y ya oscurecido, se veía un horno humeando, y una antorcha de fuego que pasaba por entre los animales divididos” (Gen. 15:17). Cada Israelita que escuchaba esta historia sabía lo que este humo y fuego representaban. Dios se había aparecido sobre el Monte Sinaí y había guiado a Israel a través del desierto como una columna de nube y de fuego (Ex. 13:21). El humo y el fuego que pasaron entre los pedazos esa noche era una teofanía, una semejanza del mismo Dios quien fue delante de Israel hacia la Tierra Prometida.

Al pasar entre los animales divididos, Dios juró una maldición sobre si mismo. El dijo, “Si no mantengo mi promesa a Abram, sea yo cortado en pedazos como estos animales lo han sido.” Bajo amenaza de su propia destrucción, Dios prometió que su poder daría a Abram el dominio sobre la Tierra Prometida.

Abram aprendió una lección esencial aquel día. Para alcanzar su destino como imagen de Dios, él tenía que apartar sus ojos de su propia impotencia y confiar completamente en el poder divino. Solamente Dios tenía la habilidad para multiplicar su simiente y darle dominio.

En la actualidad, como imágenes redimidas de Dios, anhelamos llenar el mundo con siervos de Dios y gobernar victoriosamente sobre la tierra. Pero ¿dónde buscaremos el poder para tener éxito en estas tareas? ¿Cómo podemos adquirir seguridad de que

alcanzaremos esta meta gloriosa? Debemos aprender con Abram que podemos triunfar, no por nuestros propios esfuerzos, sino solamente por fe en el poder de Dios.

Abram descubrió su fuente de poder cuando contó las estrellas y vio la teofanía del humo y del fuego. Nosotros hemos visto aún más de lo que él vio. Dios se hizo carne, habitó entre nosotros, y pasó ante nosotros en la Encarnación. Jesús vino y nos aseguró nuestra salvación, de esta manera Dios podía ser “solo y el único quien justifica” (Rom. 3:26). Nuestra dignidad es restaurada únicamente por el poder de Dios en Cristo. Nosotros encontramos la fuerza que necesitamos solamente en su obra terminada.

Todos conocemos la doctrina de la salvación por gracia por medio de la fe. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe,” nos repetimos, “y esto no de vosotros” (Ef. 2:8). Sabemos que solo Dios nos levanta del lodo de pecado. En teoría, no tenemos mayor problema con lo que Abram aprendió.

Pero muy a menudo, tenemos dificultad en aplicar esta creencia en la vida diaria. En teoría decimos, “Salvado por gracia,” pero en la práctica declaramos, “Salvado por mi propio poder.” Examínese cuidadosamente. ¿Dónde usted pone su esperanza para alcanzar la dignidad? ¿De quién depende para alcanzar el éxito como imagen de Dios?

Piense en sus esfuerzos para multiplicar imágenes de Dios criando a sus hijos. La medida de su confianza en Dios llega a ser evidente cuando ve cuan poco acude a Dios en oración pidiendo por sus hijos. ¿Cuánto ora usted por sus hijos e hijas? ¿Cuánto busca la ayuda de Aquel quien puede salvarlos? La mayoría de los padres cristianos trabajan diligentemente para educar a sus hijos en los caminos de Cristo. Ellos los disciplinan, pagan grandes sumas de dinero por educación Cristiana, y los llevan a la iglesia cada domingo. Estas actividades son importantes, pero son inútiles a no ser que Dios les de el poder para beneficio de nuestros hijos. Nuestra prácticas diarias revelan que nosotros confiamos mucho más en nuestro propio esfuerzo que en el poder de Dios para moldear nuestros hijos a semejanza de El.

Lo mismo es verdad en todos nuestros otros trabajos en la vida. ¿Qué prioridades tenemos en nuestros trabajos? Planeamos, trabajamos, y luchamos; después planeamos, trabajamos y luchamos un poco más. Una confianza consciente en Dios a duras penas figura en nuestro estilo de vida. Nosotros nos volvemos a El solamente cuando todo lo demás falla. El trabajo duro es vital, pero nosotros demostramos fiel confianza en Dios solamente en la medida que apoyamos nuestros esfuerzos con devoción y oración.

Recuerdo una vez cuando mi esposa y yo estábamos por salir de viaje. Nuestro auto había estado funcionando defectuosamente por varias semanas, y pensé que ahorraría unos cuantos dólares si lo reparaba yo mismo. Estaba confiado de que había arreglado el problema pero mi esposa no estaba segura. “No llegaremos,” dijo ella mientras colocábamos el equipaje en el carro. “Debiste haber contratado a alguien que pudiese hacer el trabajo.”

Para mi mortificación sus palabras resultaron ser ciertas. El carro se dañó poco antes de que hubiésemos recorrido 10 millas. Afortunadamente, teníamos un amigo quien era un mecánico profesional, y él reparó el auto en apenas unos pocos minutos. Al salir de la ciudad más tarde ese día, ambos mi esposa y yo estábamos confiados que llegaríamos a nuestro destino. A diferencia de antes, el auto había sido reparado por alguien que tenía la habilidad de hacerlo.

¿Por qué es tan importante recordar que Dios tiene el poder para llevarnos a nuestra dignidad? ¿Cuál es el beneficio? ¡El puede hacer el trabajo! En Génesis 15 vemos como Abram obtuvo confianza en su futuro. El dejó de hacer preguntas y buscar seguridad. Una vez que él comprendió que Dios usaría su propio poder para llevarlo, Abram creyó a Dios y siguió adelante con confianza. “Ahora yo se donde poner mi confianza,” se dio cuenta Abram. “Puedo alcanzar mi destino.”

Lo mismo es cierto para nosotros cuando anhelamos el éxito como imágenes de Dios. Si confiamos en nosotros mismos para alcanzar la meta, seguramente estaremos frustrados. Pero a medida que confiamos en El día a día, podemos tener la seguridad de que alcanzaremos nuestra meta como imágenes de Dios.

LA NECESIDAD DE PACIENCIA

Hace algunos años, unos amigos invitaron a mi familia a un almuerzo. “Solo vengan y descansen,” dijeron. “Nosotros nos encargaremos de todo.” Esto sonaba grandioso; estábamos exhaustos tras una semana de duro trabajo. Sin embargo cuando llegamos a la casa de nuestros amigos, pronto se hizo evidente que ellos no habían planeado recibirnos. Esperamos mientras ellos trabajaban en la cocina. Y luego esperamos un poco más. Más de 2 horas pasaron antes de que oyéramos la llamada al almuerzo. Yo estaba hambriento cuando me senté, pero recuerdo que pensé, “Supongo que uno debe estar listo a esperar, si otro está haciendo todo el trabajo.”

Abram enfrentó una situación similar en su vida. El no estaba esperando por alguien para que le prepare una comida, él estaba esperando que Dios le diera un hijo. En Génesis 15, Dios invitó a Abram a confiar en su poder divino para conseguir su dignidad. “Yo lo haré por ti,” le aseguró Dios. A Abram le gustó la idea; fue confortante saber que él no tenía que asegurar su dignidad por medio de su propia inventiva. A pesar de eso, Abram falló en no darse cuenta que él tendría que ser paciente si Dios iba a hacer todo el trabajo.

Génesis 16 es una historia de la falla de Abram en ejercer la paciencia. Abram y Sara decidieron que Agar, la criada de Sara sirva como una madre sustituta: “Sara mujer de Abram no le daba hijos; y ella tenía una sierva egipcia, que se llamaba Agar. Dijo entonces Sara a Abram: ‘Ya ves que Jehová me ha hecho estéril; te ruego, pues, que te llegues a mi sierva; quizás tendré hijos de ella’ (v.1-2). Tal como el capítulo nos narra, Abram llevó a efecto el plan. Agar concibió y dio a luz a Ismael, el primer hijo de Abram.

¿Qué llevó a Abram a seguir este curso de acción? En una palabra, el problema fue la impaciencia. A Abram y Sara les gustó la idea de que Dios les daría un hijo, pero ellos ya habían estado esperando por muchos años. Dios no actuaba de acuerdo al tiempo de ellos; El estaba demasiado atrasado. Consecuentemente, Abram y Sara escogieron su propia forma de asegurar su dignidad.

Nosotros enfrentamos el mismo problema de la impaciencia hoy. Estamos contentos de que no tenemos que ganar nuestra salvación. ¿Quién no se regocija al saber que nuestro éxito como imagen de Dios es enteramente un regalo de su gracia? No obstante, si queremos confiar en el poder de Dios, debemos estar listos a esperar pacientemente en El. Nosotros tenemos que confiar que El nos concederá la dignidad en el momento en que El lo considere apropiado.

Vivimos en una cultura de resultados inmediatos. Revelamos una fotografía en pocos segundos, preparamos la comida en el microondas en cosa de minutos, y viajamos desde un lado del mundo al otro en menos de un día. Estamos tan acostumbrados a los resultados instantáneos que nos volvemos impacientes con cualquier cosa que conlleve tiempo. “¿Cuánto tiempo le tomará al mesero?” nos quejamos en el restaurante. “¡Apúrese!” gritamos al carro que está enfrente de nosotros. “¡Tengo un millón de cosas que hacer!”

El deseo por resultados inmediatos fluye también en nuestras vidas espirituales. Sabemos por la Escritura que Dios ha prometido bendecirnos en su Hijo. Sin embargo estamos impacientes por aquellas bendiciones; las queremos ahora. Nosotros hemos llegado a ser “herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Rom.8:17), pero queremos experimentar todos los beneficios de esta privilegiada posición inmediatamente.

Debemos enfrentar la realidad de que Dios no quiere darnos todas nuestras bendiciones en Cristo simultáneamente. En su sabiduría inescrutable, Dios restaura a su pueblo en un largo período de tiempo. Antes que Cristo regrese en gloria, la única porción de nuestra herencia que Dios nos garantiza es el regalo del Espíritu Santo. El Espíritu es “las arras de nuestra herencia” (Efe. 1:14). Ciertamente, a menudo recibimos muchos beneficios extras adicionalmente al regalo del Espíritu, salud, dinero y honor, pero Dios concede estos pequeños adelantos de nuestra herencia en Cristo solamente cuando El lo considere apropiado. El concede unas bendiciones a una persona y otras bendiciones a otra. El remedia algunos aspectos de nuestra indignidad y deja otros para después.

El plan de Dios suena bien en lo abstracto, pero cuando enfrentamos necesidades particulares en nuestras vidas, el reloj de Dios parece estar atrasado, tal como le pareció a Abram. El Patriarca debe haberse preguntado, “Si yo soy un siervo especial de Dios, por qué no tengo un hijo cuando otros tienen muchos?” ¿No nos hemos hecho todos la misma pregunta? Vemos que Dios bendice a otros y celosamente nos sentimos abrumados. “Mira ese tipo,” decimos. “¿Por qué yo no tengo un trabajo que pague tanto como el que él tiene?” “Yo solo desearía que mis niños estén tan bien como los suyos,” nos lamentamos.

Todos luchamos con tales pensamientos de vez en cuando. Examínese usted mismo. ¿Cuáles son las áreas de la vida en las cuales le falta el honor que usted merece como hijo de Dios, su cuenta bancaria, su salud, su trabajo, su vida familiar? Aunque es difícil no compararte con otros, es tonto hacerlo. Como el tiempo inevitablemente prueba, Dios no engaña a sus hijos. El simplemente les da las bendiciones de dignidad de acuerdo a su propia agenda. Como siervos fieles, debemos esperar que Dios conceda sus regalos en el momento que El lo considere apropiado. La paciencia es esencial para alcanzar la meta de la dignidad.

¿Qué les pasa a aquellos quienes comienzan a ser impacientes? Para comprender los peligros, debemos recordar tres cosas con respecto a la falla de Abram. Primero, Abram no siguió los deseos de la carne. El no fue tras una ganancia egoísta. Abram estaba tratando simplemente de cumplir una expectativa legítima como imagen redimida de Dios. El Patriarca fue hecho con el propósito de multiplicar siervos de Dios. Esto es todo lo que él quería. El problema de Abram no fue que él deseaba un hijo, sino que él buscó conseguir uno por sus propios medios.

Nosotros enfrentamos los mismos peligros en nuestras propias vidas. Tenemos legítimas expectativas, pero nos volvemos impacientes. Como resultado, buscamos sustitutos y vamos tras nuestra dignidad en formas que son inapropiadas. Nuestros deseos pueden estar correctos, pero nuestros planes pueden estar equivocados.

Segundo, las acciones de Abram y Sara eran aceptadas pero inmorales. Ellos se apartaron de las promesas de Dios, sin embargo sus acciones eran aceptadas dentro de las normas de su sociedad. Abram no persiguió su meta cometiendo crímenes flagrantes y horribles que todos odiaban. En su lugar, él buscó su dignidad tomando un camino que todos a su alrededor seguían.

¿No es esto, tal como nos ocurre a usted y a mi? Muy pocos de nosotros robamos bancos para ganar el honor de las riquezas. No avanzamos en los negocios dando muerte a nuestros competidores. No realizamos nuestros deseos de multiplicarnos secuestrando a los hijos de otra persona. La mayoría de los cristianos no están seriamente tentados a hacer estas cosas. En vez de esto, nosotros recurrimos a los pecados culturalmente aceptables, tal como Abram hizo.

¿Qué clases de pecados cometemos? Murmuramos, mentimos y engañamos. Apretamos las riendas de nuestros hijos y los provocamos al resentimiento. Nosotros violamos el Día de Reposo para prosperar en el trabajo. Nos quedamos con nuestros diezmos para comprar un carro nuevo. Nosotros seguimos estos sustitutos para obtener la dignidad dada por Dios. “No es un gran cosa,” decimos. “Todo el mundo lo hace.” Cometemos pecados aceptables, sabiendo que nadie nos llamará la atención.

Tercero, el plan de Abram pareció tener éxito al principio, pero al final falló. Su impaciencia lo llevó a buscar un hijo “según la carne” (Gal. 4:23,). Dios había prometido que la multiplicación de Abram vendría a través de un milagro, pero el Patriarca buscó una alternativa. Todo parecía grandioso por un momento, pero la sustitución de Abram para las bendiciones de Dios pronto comenzaron a desmoronarse ante sus ojos. Los celos consumieron a Sara y ella echó lejos a Agar (Gen. 16:6). Dios sacó a Agar y a su hijo de estos problemas (v.7) y prometió bendecir a Ismael (v.10). Sin embargo, el sustituto en quien Abram puso su esperanza llegaría a ser un problema para el pueblo de Dios a través de la historia: “El será un hombre feroz; su mano será contra todos y la mano de todos contra él, y él habitará en hostilidad hacia todos sus hermanos” (v.12). La impaciencia de Abram lo puso en un camino que nunca podría conducir a bendición. Esta solamente le trajo problemas.

Por esta razón debemos ser muy cuidadosos de no seguir nuestros propios caminos hacia la dignidad. Los sustitutos que nosotros seguimos algunas veces dan la impresión de éxito. El hombre de negocios que engaña a menudo se adelanta a los otros. Las mentiras pueden mantenernos sin problemas por un momento. Comenzamos a estar involucrados en estos sustitutos por fe en Dios porque ellos parecen beneficiarnos. Tarde o temprano, sin embargo, nuestras acciones se volverán contra nosotros. La impaciencia no nos conducirá a la dignidad; eventualmente nos traerá más indignidad.

El error de Abram al no esperar a Dios nos habla directamente a usted y a mi. Debemos confiar en Dios para darnos nuestra dignidad, pero esta seguridad implica paciencia. Para alcanzar nuestra meta de ser restaurados como la imagen de Dios, debemos esperar que Dios nos de los regalos de dignidad según su diseño. Sin importar

cuanto tiempo lleve, nosotros debemos demostrar nuestra confianza en su gracia esperando por El.

LA NECESIDAD DE PERSEVERANCIA

Hace algunos años, entré a nuestra cocina y vi a mi hija de 4 años con un cuchillo para cortar carne. Ella estaba sosteniendo un trozo de queso en una mano y el cuchillo en la otra. Inmediatamente yo grité, “¡Suelta ese cuchillo ! ¡Te vas a cortar!”

“No,” replicó ella confiadamente. “El cuchillo está cortando el queso, no mi mano”.

Por supuesto, yo no traté de convencerla; solo le quité el cuchillo y lo puse lejos. Yo sabía algo acerca de cuchillos que ella todavía no había aprendido. Los cuchillos cortan en muchas maneras. La misma hoja que corta alimentos puede cortar la mano que lo sostiene. El mismo instrumento que da vida puede quitarla.

Como hemos visto, Dios usó un cuchillo en Génesis 15 para asegurar a Abram que él recibiría grandes bendiciones en el futuro. Dios bajó el cuchillo, garantizando que El usaría su propio poder para elevar a Abram a mayor dignidad. Pero ahora nosotros debemos volver a Génesis 17, donde Dios le dice a Abram que tome el cuchillo de nuevo. Esta vez, sin embargo, Dios no promete nada a Abram. El usa el cuchillo para advertir al Patriarca que debe perseverar.

Génesis 17 comienza con Dios confrontando a Abram por su impaciencia en Génesis 16: “Era Abram de edad de 99 años, cuando le apareció Jehová y le dijo, ‘Yo soy el Dios todopoderoso; anda delante de mi y se perfecto. Y pondré mi pacto entre mi y ti y te multiplicaré en gran manera’” (v. 1-2). El Señor le dijo a Abram que él tenía que poner su vida en orden. En lugar de seguir su propio camino, como él había hecho con Agar, Abram tenía que caminar libre de culpa delante de Dios. El Patriarca reconoció la gravedad de su pecado y se postró sobre su rostro en arrepentimiento (v.3). El se dio cuenta de nuevo que la fidelidad a Dios era requerida por todos quienes quieren ser restaurados a la dignidad.

Para terminar con las vacilaciones de Abram, Dios le explicó los dos aspectos de su pacto con él. Primero El habló de su divina promesa, y después habló sobre la responsabilidad humana de Abram. Génesis 17:4-8 describe lo que Abram podía esperar de Dios. “He aquí,” El comenzó (v.4), “este es mi pacto contigo.” Dios se comprometió a hacer grandes cosas para Abram. El prometió hacer la descendencia de Abram extraordinariamente numerosa (v.4-7) y darles la tierra de Canaán (v.8). En efecto El dio un nuevo nombre a Abram, el cual significa “padre de muchedumbres” (v.5).

En el verso 9, sin embargo, ocurre un cambio mayor. En lugar de hablar de lo que El hará por Abraham, Dios habla sobre la responsabilidad de Abraham: “ En cuanto a ti, guardarás mi pacto, tu y tu descendencia después de ti por sus generaciones.” Dios había dado grandes promesas a Abraham; ahora El establece explícitamente que Abraham y sus descendientes tienen una responsabilidad. Ellos deben “guardar mi pacto” (v.9). Ellos deben permanecer fieles a Dios a fin de recibir las bendiciones prometidas.

¿No contradice este pasaje las bendiciones prometidas en Génesis 15? ¿No dijo Dios a Abraham que alcanzar la meta de la restauración depende enteramente de su gracia divina? ¿Está Dios añadiendo un nuevo requerimiento aquí, cambiando las reglas en la mitad del juego?

No. Dios no está revisando su relación con Abraham. El simplemente trajo a primer plano una verdad que se había esfumado de la memoria de Abraham. A lo largo de la vida de Abraham, Dios había hecho claro que la fidelidad era requerida. Aún el llamado inicial del Patriarca indicaba la necesidad de una respuesta humana apropiada: “El Señor había dicho a Abram, ‘Vete de tu tierra, y de tu parentela y de la casa de tu padre a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande y te bendeciré’” (Gen. 12:1-2). Abraham sería bendecido solamente si él dejaba su tierra y seguía a Dios a la Tierra Prometida.

Desafortunadamente, Abraham olvidó que Dios requería obediencia. El tomó las bondadosas promesas de Génesis 15 como una licencia para hacer lo que a el quisiera. Ahora, sin embargo, Dios le recordó que aquellos quienes desean recibir las promesas de gracia deben permanecer leales.

Moisés primero registró los eventos de Génesis 17 para advertir a sus lectores que no se alejaran de Dios. Los Israelitas que siguieron a Moisés eran un grupo voluble. Ellos lo siguieron fuera de Egipto, solo para rebelarse contra Dios una y otra vez; ellos tomaron la gracia de Dios como una oportunidad para pecar. Pero el testimonio escrito de las palabras de Dios a Abraham recordó a los Israelitas sus responsabilidades. Para ser el pueblo del pacto, ellos tenían que permanecer fieles a sus votos.

El apóstol Pablo trató el mismo asunto en el Libro de Romanos. En los capítulos 4 y 5 él estableció que la salvación es por gracia únicamente. Nosotros somos redimidos por la misericordia de Dios, no por esfuerzo humano. Nuestras buenas obras no ameritan salvación. No obstante, después de hacer énfasis en la gracia de Dios, el apóstol añadió un recordatorio crucial: “¿qué pues diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? ¡En ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado; ¿cómo viviremos aún en él?” (Rom. 6:1-2).

La gracia de Dios nunca intenta animarnos a tomar nuestro propio camino. Nosotros somos liberados del pecado a fin de vivir en gratitud y obediencia. Pablo condensó esta relación entre gracia y obras en un pasaje muy conocido en Efesios: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe” (Efe. 2:8-9). Tal como Dios dijo a Abraham acerca de su gracia en Génesis 15, así Pablo afirmó en Efesios 2: 8-9, que la restauración de la imagen de Dios es enteramente un resultado de la gracia. Sin embargo, notamos el enfoque del verso que sigue: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (v.10).

¿Por qué Dios nos muestra gracia? ¿qué debemos hacer en respuesta a su benignidad? Nosotros debemos caminar ante Dios en las buenas obras que El predestinó que nosotros hagamos.

Muchas cosas en la vida vienen en pares. Algunos pares son fáciles de mantener juntos. Pantalones, por ejemplo, normalmente no se separan. No es usual perder un lente de tus anteojos. Otros pares, sin embargo, son difíciles de mantener juntos. Yo tengo al menos cuatro diferentes guantes derechos en mi cajón en casa. También tengo muchas medias que no tienen un par. Guantes y medias vienen en pares, pero son difíciles de mantener juntos.

En Génesis 15 y 17 tenemos un par de conceptos que la mayoría de los Cristianos encuentran difícil de mantener juntos. Estos capítulos nos dicen la importancia de la fe y la fidelidad, pero nosotros tendemos a olvidar la una o la otra. Hay mucha gente en la iglesia que piensa que puede ganar su salvación. “Solo se lo suficientemente bueno y conseguirás entrar al cielo,” ellos imaginan. Pero Génesis 15 se opone a esta idea. No podemos ser restaurados por nuestro propio poder. La única forma es confiar en la gracia de Dios en Cristo.

Sin embargo hay otros en la iglesia que creen que pueden vivir en rebelión contra Dios y aún ser salvos de su juicio. “No importa como tu vivas,” ellos aconsejan. “Solo cree.” Génesis 17 se opone a este error. La salvación por fe siempre estará acompañada por una vida de buenas obras.

Para demostrar cuan serio fue este asunto para Abraham, Dios le ordenó sacar su cuchillo de nuevo. Era tiempo de hacer más incisiones: “Este es mi pacto que guardaréis entre mi y vosotros y tu descendencia después de ti: Será circuncidado todo varón entre vosotros. Circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre mi y vosotros” (Gen. 17:10-11).

¿Qué representaba el ritual de la circuncisión? Este separaba a Abraham y sus hijos como participantes en el pacto de Dios, pero también simbolizaba la responsabilidad humana en el pacto. En Génesis 15, Dios se colocó así mismo bajo el cuchillo. “Que sea yo cortado en pedazos si rompo mi promesa,” Dios juró a Abram. En Génesis 17, Dios mandó a Abraham y a sus descendientes ponerse bajo el cuchillo. El rito de la circuncisión simbolizaba sus compromisos a la lealtad y fidelidad. “Que seamos cortados, si nosotros rompemos nuestra promesa de fidelidad a Dios,” ellos juraron.

El cuchillo de Abraham retrató en una forma vívida lo que pasa a aquellos quienes flagrantemente violan sus acuerdos en el pacto. Este advirtió a Abraham y a su simiente que ellos no escaparían de la ira de Dios si despreciaban el camino de una vida fiel. En lugar de alcanzar la meta de la restauración, los apóstatas sufrirán el juicio de Dios.

Dos clarificaciones deben ser añadidas. Primero, la circuncisión de Abraham no implica que nosotros podemos perdemos nuestra salvación. Todo aquel que viene a Cristo con fe genuina está seguro en El. Es imposible perder el regalo de la salvación. Jesús hizo esto claro: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mi; y al que a mi viene, no le echo fuera . . . Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero” (Juan 6:37,39).

Por esta razón, la amenaza simbolizada en la circuncisión no es para creyentes verdaderos quienes temporalmente caen en pecado. Esta es para aquellos quienes superficialmente profesan a Cristo sin poseerlo. Su apostasía prueba la verdadera condición de sus corazones. Aquellos quienes continúan en un estilo de vida contrario a Cristo nunca han ejercido la fe salvadora. Como Juan puntualiza, “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifieste que no todos son de nosotros” (1 Juan 2:19). Aquellos quienes completamente se retiran de Cristo nunca le pertenecieron verdaderamente. De haber sido así, ellos habrían demostrado su salvación permaneciendo fieles.

Segundo, nosotros debemos comprender que la circuncisión no implica que Dios estaba esperando alguna excusa para quitar las bendiciones a Abraham . Las Escrituras muestran claramente que Dios es paciente y lento para la ira. El es “misericordioso y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo” (Joel 2:13). Dios se toma su tiempo para enojarse con su pueblo. El ama mostrarnos misericordia y tolerancia cuando nosotros pecamos.

No obstante, la Escritura advierte severamente a aquellos quienes se apartan de Cristo y continúan sin arrepentimiento. La amenaza del juicio de Dios, ahora y en la eternidad, los detiene. La flagrante e implacable apostasía resultará en la maldición del pacto. Como Pablo advirtió a los Gálatas: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembre para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gal. 6:7-9).

La palabra de Dios a Abraham es una advertencia a cada uno de nosotros. Todos estamos inclinados a desviarnos de vez en cuando. El camino hacia la restauración como imagen de Dios es estrecho y traicionero. Las tentaciones vienen a nuestro camino y nosotros caemos, tal como Abraham. El perdón está disponible para aquellos que confiesen sus pecados, (1 Juan 1:9) pero nosotros no debemos tomar esta disponibilidad de perdón por concedida. Perseguir los placeres de las posesiones, prestigio, o cualquier otro sustituto pecaminoso en lugar de las promesas en Cristo es un camino peligroso a seguir. Como el escritor de Hebreos dijo, “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Heb. 12:14). Nosotros no podemos tener a Jesús como Salvador a no ser que también lo tengamos a El como Señor. Así como Abraham aprendió, los creyentes no deben solamente confiar en Dios para su salvación, sino también perseverar en su fidelidad hacia El.

¿Está tentado a tomar la gracia de Dios como permiso para pecar? Escuche la palabra del Señor a Abraham. Para alcanzar nuestra meta de seres restaurados a la dignidad, debemos caminar delante de El y estar libres de culpa.

CONCLUSION

En este capítulo hemos examinado tres requisitos que son necesarios para alcanzar nuestra dignidad como imagen de Dios. Debemos tener fe en el poder de Dios para llevarnos a ella, ejercitar paciencia mientras esperamos el tiempo de Dios, y perseverar fielmente a través de toda nuestra vida. Solamente en la medida que recordamos como Dios se reveló a Abraham podremos estar capacitados para alcanzar la meta de la total restauración de nuestra dignidad como imagen de Dios.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Con cuáles dos asuntos Abram luchó en Génesis 15? ¿Cómo este capítulo enfoca nuestra necesidad de confiar en el poder de Dios?
2. ¿Qué error ocurrió en Génesis 16? ¿Cómo esta historia revela la impaciencia de Abram? ¿Qué peligros caen sobre aquellos quienes rehusan esperar el tiempo de Dios?

3. ¿Qué aprendió Abraham durante el rito de la circuncisión en Génesis 17? ¿Es posible para los verdaderos creyentes perder su salvación en Cristo? Si no, ¿Cómo podemos hablar de la necesidad de perseverancia?

EJERCICIOS DE DISCUSION

1. ¿Por qué este capítulo es titulado “Alcanzando nuestra meta”?
2. Nombre tres trabajos que usted está seguro que puede realizar. Ahora piense otra vez. ¿Qué factores fuera de su control podrían hacer estos trabajos imposibles? ¿Cómo estas realidades ilustran su necesidad del poder de Dios para darle a usted dignidad?
3. ¿Cómo ha visto la impaciencia en la iglesia en relación al tiempo de Dios ? ¿Los resultados han sido positivos o negativos? ¿Por qué?
4. ¿Qué clases de experiencias ha visto que apartan a la gente de Cristo? ¿Cómo ha luchado con la perseverancia en la fe?